



REVISTA SEMANAL.

Se publican cuatro números mensuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 6.º

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Lágrimas de un ángel, por D.^a María Galan y Godoy.
Una herencia de llanto, por D.^a Enriqueta Lozano de Vichez.—La Mariposa, poesía, por D. Francisco Jiménez Campaña.—Sección para los niños: El rescate de un cautivo, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Variedades: Nuestra Señora de Guadalupe, por D.^a Ángela Grassi.

LÁGRIMAS DE UN ÁNGEL.

El invierno había espirado. Las altas cumbres de las montañas empezaban á despojarse de sus blancas vestiduras; las corrientes, libres de los grillos con que el duro hielo las aprisionara, se deslizaban fugaces y murmuradoras; los desnudos campos tornaban á cubrirse con su verde alfombra; el ruiseñor daba al viento las notas de su primer canto; las flores entreabrian sus aromados pétalos al suave soplo de las auras, y la naturaleza toda sonreía al contemplarse engalanada con sus mas ricos y fecundos dones. La primavera, mostrándose en todo el esplendor de su magnificencia, convidaba á la juventud con la alegría, el ocio y los amores. Un corazón que se aduerme tranquilo en brazos de la felicidad, ignora que existen seres, á quienes tanta belleza

y armonía sirve solamente para hacer mas atroz el martirio de la esclavitud con que el destino los oprime.

Gabriel era uno de estos seres desheredados de la fortuna. Hijo de un abogado de esclarecido talento, pero cuya temprana muerte había desvanecido sus esperanzas, y dejado á su familia casi en la pobreza, se vió precisado, apenas se lo permitió su tierna edad, á ganar su sustento y el de su virtuosa madre, para lo cual desempeñaba el modesto empleo de escribiente. Las privaciones y los desengaños que siempre suceden á un descenso de la fortuna, hacían una fuerte impresión en el alma del pobre jóven. Benigno el cielo, da tréguas á los sufrimientos de algunos desgraciados; pero ¡ay! que á otros les hace apurar la amarga copa del dolor hasta su última gota.

Gabriel, á los veinte y tres años de edad, cuando todo es grato y seductor, cuando todo se muestra embellecido por la esperanza, no solo se veía rodeado de trabajos, angustias y pesares, sino que también era presa de una horrible dolencia, que iba talando rápidamente el árbol marchito de su triste juventud: se hallaba en el último grado de tisis.

Hacia un mes que la gravedad de su mal no le habia permitido continuar en su trabajo, y por consiguiente, sus escasos recursos se iban agotando, hasta el extremo de carecer á veces del alimento necesario.

Su desgraciada madre le miraba perecer con el alma desgarrada, pero nada podia hacer para salvarle; ningun medio encontraba para arrancar de las garras de la miseria y de la muerte á aquel hijo, único objeto de su amor, único apoyo de su desfallecida existencia. Ningun auxilio esperaba tampoco de nadie. Sumidos en un total abandono, relegados al mas profundo olvido, no solo no habia quien los socorriera, sino que ni una palabra de consuelo les era concedida.

La sociedad, engreida con el falso oropel de los honores; deslumbrada con el mentido brillo del lujo y la riqueza: harta con la abundancia de los festines; ensordecida con el rumor confuso de la orgía y de la adulacion, corre desenfrenada en alas de sus pasiones, y ni un solo pensamiento dedica al desgraciado. No repara que el hambre le hace inclinarse falto de vigor: no mira que una lágrima surca abrasadora por sus pálidas mejillas: no advierte que su frente se muestra oscurecida por una densa sombra de tristeza: no escucha que un hondo suspiro se escapa de su pecho. ¡Ah! pero en medio de tanto abandono, de tanto desamparo, aun le resta un consuelo al que padece: la religion. Á ella acogida D.^a Clara, era menos infeliz.

Una mañana muy temprano, mientras su hijo reposaba, salió á una iglesia cercana, á la cual solia ir cuando no la era necesario estar en su asistencia. La iglesia estaba sola enteramente; D.^a Clara se arrodilló ante una hermosa imagen de la Virgen de las Angustias.

La calma solemne de aquel lugar sagrado: la soledad y el silencio profundo que en él reinan y la tristeza de aquella figura que representaba toda la intensidad del dolor de una madre, se avenian con la soledad, el silencio y la tristeza de su corazon. Luchando con mil encontrados pensamientos, sentía á la par amargura y consuelo, desaliento y esperanza, despecho y resignacion.

De repente, y tras una mirada llena de dolorosa expresion, lanzó un gemido que pareció llevarse tras sí el alma; dió suelta al comprimido llanto y acaso iba á pronunciar alguna palabra, pero un desmayo producido por el exceso del dolor, la ahogó en sus labios y la hizo caer en tierra sin sentido. Sola, desmayada, y sin haber nadie que pudiese socorrerla, D.^a Clara quizá no habria vuelto á la vida si la Providencia, que vela por nosotros, no hubiera corrido en su auxilio.

Una jóven hermosa como el sueño de la inocencia, envuelta en un espeso velo, pasó el átrio del templo, y con ella una mujer al parecer su aya. Ambas se dirigieron tambien hácia el altar de la Virgen de las Angustias. La jóven fué la primera en reparar en la anciana y la primera en aproximarse á ella.

—¡Dios mio, esta mujer está muerta! murmuró; tiene las manos heladas y no se la siente respirar. Pero tal vez no, añadió con viveza, tal vez no sea mas que un trastorno: y al mismo tiempo llevó su blanca mano al descarnado pecho de la madre de Gabriel.

El semblante de la desconocida cambió de expresion al percibir los latidos de aquel corazon que ella creia inerte, y ayudada de su aya la colocó en otra postura, y la hizo aspirar un frasco de esencia que llevaba consigo. Trascurrieron algunos segundos, y al cabo, D.^a Clara respiró aunque con fatiga, abrió los ojos y al verse reclinada en el seno de aquella hermosa criatura, exclamó con acento débil y pausado, pero nacido del alma:

—¡Madre mia de las Angustias! bendita seas tú que en medio de mi desamparo has venido en mi socorro, enviándome un ángel que salvando mi vida, harto pesada ya á mis escasas fuerzas, ha librado á mi hijo de una nueva amargura que sin duda hubiera anticipado su cercana muerte.

Y dirigiéndose á la jóven que la contemplaba con cariñoso respeto,

—Bendita sea V. tambien, que se ha compadecido de mí; dígame V. su nombre para que mi hijo lo bendiga.

—Eugenia, respondió la niña con voz dulce, y despues continuó: Ahora dígame V. su casa para acompañarla á ella.

—¡Oh! ¿va V. á venir conmigo? ¿va V. á venir á la casa de una miserable mendiga? V. ignora, hermosa, niña, que allí todo es llanto, pobreza y abandono, y que si sus padres lo saben acaso la riñan, pues tal es el desprecio que generalmente inspira la miseria.

—Mis padres no pueden reñirme, contestó Eugenia tristemente, soy huérfana y por lo demás ¿qué importa? yo amo á los pobres, y el llanto no me es extraño; vamos, pues. Y diciendo esto se dispuso á levantar á la anciana, que enmedio de ella y de su aya salió del solitario templo, llegando poco despues á la estrecha estancia donde Gabriel, medio incorporado en su lecho, sufría con la resignacion de un mártir la fatiga de la traidora enfermedad que lo devoraba, producida por una causa mas triste y desgarradora aun: por el hambre.

El sensible corazon de Eugenia se oprimió á la

vista de tanta desventura, y despues de haberles prestados sus consuelos, que era lo único que podia hacer, se retiró pensativa de aquella pobre morada, donde la muerte, batiendo sus negras alas, iba á triunfar del infortunio.

Eugenia era sobrina de un rico propietario, ya viejo y solteron, á cuyo lado vivia desde la edad de ocho años, que quedó sin padres. Contaba á la sazón diez y seis, y era tan hermosa y tan buena como desgraciada. Su tío, el Sr. de Molina, no la miraba con todo el cariño de que era digna. Preocupado solamente con los negocios, que le prometian aumentar sus tesoros, jamás pensó en adivinar un solo pensamiento de su sobrina, y adusto y silencioso, si bien no la reñia tampoco la prodigaba una caricia. Ella, sin embargo, lo respetaba y hasta lo amaba, pues comprendia en primer lugar que era anciano, y la ancianidad es siempre respetable, y en segundo que era su protector y le debía gratitud.

Acostumbrada á sufrir, tenia un alma tan compasiva para la desgracia, que no olvidó un momento durante el día la que habia presenciado casa del pobre Gabriel. Mil planes, mil pensamientos que su caridad le dictaba, se agrupaban á su mente, estrellándose despues en la imposibilidad en que se hallaba de realizarlos.

—Oh! si yo pudiera, murmuraba, si yo pudiera disponer, al menos de mis trajes, de mis adornos!

Al día siguiente, despues de la misa que oía por sus padres, volvió á su visita; el mismo cuadro apareció ante sus ojos, y la misma emocion experimentó al retirarse.

Por la tarde, cuando el sol hundió su último rayo en Occidente, Eugenia bajó al jardín con su libro de oraciones en la mano; y perdiéndose por entre una embovedada calle de naranjos, llegó á sentarse á la orilla de un pequeño estanque. La tarde era deliciosa, el cielo sonreía y el jardín se mostraba mas florido que nunca; pero Eugenia estaba triste: su aire distraído y la contraccion de su semblante lo revelaban. Necesitaba descargar un peso que le abrumaba, y como no tenia madre que la comprendiera buscó la soledad. Quería satisfacer un vehemente deseo de su corazón, y como no tenia padre que pudiera complacerla apeló al llanto, único desahogo, único consuelo en nuestro sexo.

—Nada puedo hacer, Dios mio, exclamó suspirando, nada puedo hacer por ellos!

Eugenia inclinó la cabeza sobre el pecho, agoviada por el pesar que la dominaba, como la blanca rosa inclina su perfumada corola, temblando bajo el peso de las brillantes gotas de rocío que depositó en su seno la aurora.

¡Tambien la caridad hacia brotar del alma de

la jóven el rocío bendito de su purísimo llanto. Llanto de compasion, lágrimas hermosas que un sentimiento mas hermoso aun hacia correr de sus ojos de cielo.

Eugenia lloraba el infortunio ageno; sentia desgarrado su corazón por los dolores de aquellos seres desgraciados, á quien la compasion la ligaba; sufría con aquella madre impotente ante el mal de aquel hijo: sufría con aquel hijo que no podia calmar los pesares de aquella madre.

Nada tan grande, tan puro, tan sobrehumano como el tormento que oprime el alma por las desgracias que sufren otros. En él hay algo de divino, pues alejándose del egoismo de la tierra, sobreponiéndose al mezquino *yo* que por desgracia rige doquier las acciones del hombre, nos acerca al cielo, nos acerca sin duda á Aquel que por un sentimiento de caridad sublime y de sublime amor, dió como hombre su vida en una Cruz, por redimir una ofensa que Él mismo habia recibido como Dios.

Por eso el llanto de compasion de aquella niña; por eso las lágrimas de piedad de aquel ángel, debian conseguir mucho de la clemencia divina.

La campana de la vecina iglesia sonó lenta y pausadamente, dando el toque solemne de la Oracion.

El ángel que espera de rodillas las plegarias del hombre para llevarlas ante el trono de luz de la Virgen María, se detuvo un momento, fijando su brillante mirada en la afligida jóven, y despues enjugó su lloro con las ligeras alas de los céfiro de la tarde, alzándose en los espacios para presentarlo, como un tesoro de precio infinito, en el tribunal supremo de Dios: y Dios bendijo aquellas lágrimas, concediendo por ellas la existencia de un hombre y la redencion de un alma tambien!

En aquel instante el Sr. de Molina, cansado de los largos trabajos que le habian retenido todo el día en su despacho, sintió que su frente ardía, y bajó al jardín á respirar un momento el aire fresco de la tarde.

Su sitio de costumbre era un asiento que habia en uno de los extremos, y al cual se llegaba por el mismo camino que habia seguido Eugenia.

El anciano adelantó por él, hallándose á poco cerca del estanque, junto al cual su sobrina se encontraba sentada.

La jóven al verle quiso alejarse, pero él la detuvo al ver que lloraba, recogiendo al par el libro de oraciones, que Eugenia al levantarse habia dejado caer.

—¿Qué tienes? la preguntó el Sr. de Molina con mas dulzura que de costumbre, al ver su semblante entristecido.

—Nada; contestó con timidez la niña.

—Y entonces ¿por qué lloras? insistió él con mayor empeño aun.

Eugenia guardó silencio.

El anciano miró fijamente á su sobrina y la encontró mas bella en su dolor, que la habia visto siempre con su inocente alegría.

A pesar de su aparente dureza, aquel hombre queria á la jóven con todo su corazon.

No tenia en la tierra mas amor, mas compañía, mas consuelo que aquella niña, que le recordaba de continuo á una hermana adorada, á una familia ya perdida.

Hasta aquel momento se habia contentado con proporcionarle comodidades, bienestar material, pero sin manifestarle, ni aun pararse á medir él mismo, el grado de ternura que hacía ella encerraba en su corazon.

Pero al verla llorosa, al contemplarla afligida, al pensar que podia ser desgraciada, se estremeció profundamente, y sintió en su alma algo que no podia definir.

¿Era el cariño que hacia oír su voz mas poderosa en aquel instante? ¿era ese afán que se despertaba en el corazon al ver sufrir á la persona á quien amamos? ¿era que el ángel de su guarda reflejaba en su pecho un destello de la caridad divina, que ardía en el pecho de la niña? ¿Era que Dios, cediendo á los ruegos de Eugenia, queria regenerar el corazon del anciano, haciendo que brotase en él en ancho raudal, la piedad, la compasion, la generosidad y la abnegacion? ¡Oh, quién sabe! pero guiado por un impulso nuevo se acercó á ella, tomó su mano, y estrechándola entre las suyas,

—Dime qué tienes, hija mia, la dijo; yo no quiero verte sufrir.

—¡Oh!... yo no sé... contestó Eugenia turbada: pensaba en mis padres, pensaba que si vivieran yo les haria una súplica y sin duda accederian á ella.

—Y ¿por qué no me dices lo que deseas? ¿te hace falta algo? ¿echas de menos alguna cosa?

—¿Yo? ¡ay! no, nada; pero... ¿qué importa que yo goce de lo supérfluo, si hay otros seres que se mueren por falta de lo necesario?

—¿Y eso te aflige?

—¡Oh, sí, sí! pues qué ¿no son los desgraciados nuestros hermanos? ¿no tenemos un deber impuesto por la caridad de socorrer al necesitado? ¿no provienen nuestros bienes de Dios, padre igualmente de mendigos y ricos? ¿no ha dicho El en su divina ley, *el que da á los pobres á mí me da, y no tendrá parte en mi reino el que no fuere misericordioso?*

Aquel lenguaje tan sencillo pero tan elocuente

te en los labios virginales de una inocente niña, hizo enmudecer al Sr. de Molina, que se sintió dominado de una emocion inexplicable por la primera vez en su vida.

Distraído y sin pensar en lo que hacia, daba vueltas en su mano al libro de oraciones que habia dejado caer Eugenia, y al abrirle casualmente sus ojos se fijaron en una de sus páginas, cuyas primeras palabras le estremecieron á su pesar.

—¿Era la parábola del rico avariento!

El anciano vió en todo aquello algo mas que una casualidad, vió la mano de la Providencia, y vencida su antigua avaricia, desecha la dureza de su corazon, exclamó en afán dirigiéndose á su sobrina.

—Y bien ¿qué es lo que quieres? ¿á quién deseas socorrer? ¿es acaso una desgracia que ya no tiene remedio?

—¡Oh! sí, lo tiene, y muy fácil; solo con un pequeño sacrificio puede salvarse á dos personas que van á morir de hambre.

—¿Y quiénes son?

—Yo las conozco, una señora anciana y un jóven hijo suyo que está enfermo.

—Pues bien, no llores, esta misma noche iremos á verlos.

Al escuchar Eugenia tan inesperadas palabras no supo darse cuenta de aquel cambio tan repentino, y alzando al cielo sus hermosos ojos, nuevamente humedecidos, no ya por las lágrimas del pesar, sino por las lágrimas de la alegría y de la esperanza, murmuró una plegaria en señal de reconocimiento.

Aquella misma noche, como lo habia dicho el Sr. de Molina, fueron casa de D.^a Clara, y madre é hijo no carecieron de nada en adelante.

Gabriel era jóven y su principal enfermedad consistia en la falta de cuido y medicamentos; consistia en la falta de recursos. Además, Dios no cede á medias á los ruegos de un ángel, y Eugenia le habia rogado que salvase á su nuevo amigo.

El jóven recobró la salud lentamente, bajo el suave influjo del bienestar, y protegido por los dos mas dulces sentimientos que anidan en el corazon de la mujer: el amor materno y el primer virginal amor.

El Sr. de Molina, tratando frecuentemente á su protegido, halló en él tanta inteligencia, tanta honradéz, tanta nobleza y tal deseo de servirle, que no tuvo inconveniente en darle ocupacion en su despacho y parte en sus negocios. Gabriel, á fuerza de actividad, á fuerza de trabajo, ganó la confianza del anciano y ganó tambien su cariño, viviendo en breve madre é h-

jo bajo su amparo y bajo su techo.

—¿Qué mas podremos decir?

El amor y la gratitud unieron aquellos corazones, que en breve formaron una sola familia y la felicidad moró en aquella casa antes tan solitaria y tan sombría.

Eugenia era el rayo de luz que embellecía aquella morada; era el serafín custodio de Gabriel, de su esposo, que cifraba en ella su ventura; era el hermoso sol que daba calor y alegría á la existencia de D.^a Clara, que la adoraba como á una santa.

En cuanto al Sr. de Molina, desde el día que su corazón se habia abierto al amor y á la piedad por la influencia de aquella niña, veía colmada su felicidad practicando la caridad y viendo dichosa á su querida Eugenia.

Las lágrimas de aquella angelical criatura habian vivificado su corazón, seco antes por el soplo del egoismo, como el rocío de la aurora vivifica el cáliz de las flores secas, y marchitas por el abrasador simoun del desierto.

Maria Galan y Godoy.

UNA HERENCIA DE LLANTO.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion).

Armando se alejó de aquel sitio con paso rápido, y como el que huye de un inminente peligro.

La jóven se quedó inmóvil y muda mirándole partir, y cuando ya le perdió de vista se dejó caer en el banco exclamando entre amargos sollozos:

—¡Dios mio, Dios mio, cuán desgraciada soy! Andrea, que la miraba con pena sin atreverse á dirigirla una palabra, se acercó lentamente á ella, se sentó á su lado, y no encontrando medio de consolarla, lloró con ella á su vez.

La jóven agradeció aquella muda prueba de afecto, y fijando los ojos en aquella niña tan leal y tan sincera, la dijo entre sus lágrimas:

—¡Oh! Andrea, tú no puedes saber lo que sufrí en este momento.

—¿Y no habra ningun remedio? preguntó ésta con afán.

—Yo no lo sé! ya has oido que sus palabras son oscuras como ese porvenir de que habla.

—Pero....

—¿Quién puede penetrar esos secretos que él oculta? esos secretos que daría la mitad de mi vida por llegar á penetrar.

Andrea se quedó algunos instantes pensativa:

en su mente se agitaba una idea que no quiso comunicar á su señora, pero que la preocupaba en demasía.

Adriana, en medio de su afliccion y sin mas confidente que aquella pobre criatura, murmuró de nuevo:

—Solo Dios, solo Dios puede descifrar este misterio.

—Pues bien, respondió Andrea, recurramos á él, señorita; recurramos á él.

—¡Tienes razon! exclamó Adriana; en mi turbacion me habia olvidado de que tengo una madre en el cielo, que no ha dejado nunca de velar por mí.

Y sin detenerse un instante penetró en la capilla, y clavando sus ojos en la bella imagen de la Virgen María,

—Madre mia, amparad este amor, el primero que ha venido á llenar mi corazón, y que yo he puesto á vuestro amparo!

En tanto que la jóven pedia al cielo por él, Armando habia caminado á la ventura por espacio de una hora, siguiendo despues un largo sendero flanqueado por añosos árboles, y que conducia en un rápido declive al fondo de un valle inculto y rodeado de jarales.

En la agitacion de su espíritu, aquel hombre marchaba con un paso tan acelerado como su pensamiento, y mas bien por un instinto, por una costumbre acaso, se habia dirigido á aquel lugar.

Á pesar de que en la noche anterior habia asegurado á D. Diego que llegaba entonces á las montañas de Aragon, aquel sendero solitario, aquel valle triste y silencioso, debian serle harto conocidos, pues como hemos dicho, marchaba distraído, con la cabeza caída sobre el pecho y sin prestar atencion á cuanto le rodeaba.

Cuando llegó al centro del valle se dirigió á una blanca cruz de piedra, que medio perdida entre los matorrales, se alzaba sobre tres gradas de mármol blanco tambien, y á cuyo pié, oculta por las espadañas y los tomillos, habia una inscripcion, un nombre y una fecha.

Armando se descubrió respetuosamente, á pesar de que el viento helado azotaba su frente, y llegando junto á la cruz besó la última de sus gradas y murmuró con apagada voz:

—¡Oh padre mio, padre mio!

Una plegaria acaso brotó de su alma, pues sus labios se movieron imperceptiblemente por algunos segundos.

Largo tiempo permaneció Armando en dolorosa meditacion, ante aquel signo de redencion,

que bajo sus brazos extendidos covijaba una sepultura.

— ¡Oh! exclamó al cabo saliendo de su angustiosa preocupacion; yo no pensaba visitarte hoy, padre mio; caminaba á la ventura por calmar con el cansancio del cuerpo la agitacion del espíritu; caminaba á la ventura y al fin he venido aquí. No: esto no es un efecto de la casualidad: la Providencia es la que me ha traído á este sitio, para que no olvide que duermes bajo esa losa, borrado de la lista de los vivos por la mano de un asesino. De un asesino que goza de todas las dulzuras de la felicidad y del hogar; que obtiene las consideraciones del mundo, mientras mi pobre madre murió de dolor, y yo vivo huérfano y sin familia! Esto clama venganza: yo he jurado exterminar al autor de tantas desgracias; yo he recibido, al volver á mi hogar despues de doce años de ausencia, un legado de sangre, una herencia de llanto, y cumpliré mi deber castigando al miserable que así destruyó tu ventura y la ventura y la paz de mi triste madre. ¡Pobre madre mia! tú, sin duda, me acusas de cobarde y débil al ver que temo, que vacilo! pero tú no sabias que entre el culpable y yo se habia de colocar un ángel, y que tiemblo herir al criminal pues para hacerlo tengo que herir al par al inocente; tengo que dejar sumida en el dolor y la horfandad á una niña cándida y buena, á quien la fatalidad me ha hecho conocer sin saber quién era, y á quien amo ¡ay de mí! á quien amo con locura!

El jóven se detuvo: las palabras que acababa de proferir le habian causado una emocion harto profunda.

¡Oh! aquel pobre corazon, desgarrado por el infortunio, combatido por los tristes recuerdos de su infancia, por su soledad, por su aislamiento, habia dado cabida á un sueño de amor casto y purísimo, y al despertar de aquel hermoso sueño se habia hallado con la realidad, con un imposible, con un abismo, pues entre él y la mujer que amaba mediaba la sangre de su padre, asesinado por el padre de Adriana.

Armando; huérfano á la edad de doce años, habia vivido lejos de su patria, lejos de su hogar, por mucho tiempo, y habia vuelto solo para recibir el último suspiro de su madre, y escuchar de sus labios la triste historia del pasado.

Desde entonces el jóven solo habia tenido un deseo, un anhelo: la venganza; y por una fatalidad inconcebible, entre él y esa venganza se habia interpuesto el sentimiento de su primer amor.

La lucha no podia ser mas dolorosa, no podia ser mas terrible.

Con el objeto de verter sangre por sangre, habia permanecido solo y con un nombre supuesto en aquel suelo, donde se habia mecido su cuna, y en el cual nadie le conocia ya; habia preguntado por el Sr. de Avendaño, habia expiado sus pasos, le habia visto una ó dos veces para no equivocarle con ningun otro; habia vagado en torno de su morada expiando la ocasion de llevar á cabo su intento, pero al ir á consumir aquella obra de exterminio en la noche precedente, su mano habia vacilado estremecida por la voz de Adriana, que cual la voz del ángel de su guarda habia sonado en su corazon, haciéndole retroceder en el camino del crimen. (Continuara).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA MARIPOSA.

Á MARÍA.

— Insecto de gasas leves,
Aturdida mariposa,
¿Cómo de esa blanca rosa
La esencia á libar te atreves?

— ¿No sabes, por dicha mia,
Que yo en cuidarla me afano,
Para llevarla en mi mano
Á las aras de María?—

Sin duda mi acento oyó
Embargado de súspiros,
Pues dando veloces giros
La mariposa voló.

— Yo corrí como con alas
Al rosal por mi cuidado,
Y en la flor habia dejado
El pobre insecto sus galas.

— Por eso, Madre de amores,
Te traigo la blanca rosa,
Que adornó la mariposa
Con gasas de mil colores.

Francisco Jimenez Campaña.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

FLORES DEL CIELO.

EL RESCATE DE UN CAUTIVO.

Corría el año 921.

Las huestes agarenas, no solo reinaban en nuestra hermosa Andalucía, sino que sedientas de botín y de sangre, asolaban de continuo las tierras de los cristianos, llevando victoriosa donde quiera la enseña destructora de la media luna.

Abderraman III reinaba en la pintoresca y risueña Córdoba.

En Córdoba, la ciudad árabe entonces, que encerraba en su seno lo mas escogido y gallardo y valiente de la raza mora.

Era un dia hermoso y despejado: un dia

esos que solo se ven bajo el apacible y trasparente cielo de España. Un día en que el ambiente estaba embalsamado, en que las aves trinan, en que las flores se entreabrian, y el espacio se presentaba á la vista lleno de luz, de perfumes, de armonía.

Los ajimeces de la ciudad estaban adornados de vistosas colgaduras de mil colores, y cien mujeres, envueltas en sus blancos velos, asomaban tímidamente la cabeza mirando á la calle como en un día de torneo.

Multitud de moros con sus pintorescos trajes de fiesta, se agolpaban á las puertas de la ciudad, y fijaban sus ansiosas miradas en la ancha vega, con expresion alegre y altanera pero impaciente y ansiosa al par.

Era que la célebre batalla de Junquera, tan fatal para los cristianos, habia dado un triunfo mas á las armas agarenas, y el rey Abderraman, con su vencedor ejército, debia llegar de un instante á otro á la ciudad, seguido de los cautivos hechos en tan sangrienta como memorable jornada.

Mucho tiempo llevaban ya de esperar, cuando los sonidos de las músicas moriscas se dejaron escuchar en el espacio, y cien voces aclamaron al par á los escuadrones árabes y al rey victorioso de Córdoba.

Una brillante comitiva penetraba por las puertas de la ciudad, y se adelantaba por las principales calles, tan unida y brillante, que se asemejaba á una cinta de mil colores extendida de un extremo á otro de la ciudad.

El clamoreo del pueblo, los gritos de los vencedores, el relinchar de los caballos y el acompasado sonido de las musulmanas armas, formaban un conjunto que en vano la pluma trataria de describir.

El rey avanzaba á la cabeza de su ejército, ébrio de alegría, contrastando su aire altivo, soberbio y cruel, con el aspecto humilde aunque majestuoso, triste aunque sereno, de un anciano que caminaba á pié, fatigado y oprimido, junto al caballo de Abderraman.

Aquel anciano era Ermosigio, el venerable obispo de Tuy, á quien el rey moro habia hecho cautivo entre el horror de la batalla.

Innumerables cristianos prisioneros le seguian, sintiendo mas que el suyo propio el cautiverio de aquel ministro del Señor, tan virtuoso, tan esforzado y tan anciano.

Y así, escarnecidos por la multitud, atropellados por el populacho, y arrastrados entre los caballos, llegaron á las puertas del alcázar moro, donde le esperaban aun mas tormentos y mayores humillaciones.

Aquel ministro del Señor, aquel santo sacerdote, aquel pastor amante cuyas ovejas, agrupadas á su alrededor, no podian mitigar el rigor de su suerte, fué arrojado á un sombrío calabozo, cuyas puertas se cerraron, separándole del aire y de la luz que sus opresores le negaban.

El santo anciano, rendido de fatiga, exhausto de fuerzas, con sed, con hambre acaso, pasó toda la noche tendido sobre un puñado de paja, pero resignado y tranquilo, en un rincon de su horrorosa prision.

Como su alma era inocente y pura como la de

un niño, como su conciencia estaba serena cual las transparentes aguas de un lago, Ermosigio durmió algunas horas, hallando en el sueño el olvido de sus dolores.

La trémula luz del alba iluminó con su rayo primero la sombría prision del anciano, y resbaló sobre sus cabellos de plata despertándole de su sueño.

Entonces dirigió una mirada en derredor, recordó su situacion, y si el dolor oprimió su espíritu, la fé vino en su ayuda y confortó su alma con una ferviente oracion.

Al elevar á Dios sus plegarias, pidió por su grey abandonada, por los que el día anterior habian sucumbido en el horror de la batalla, y por los que viviendo aun, gemian como él en un terrible cautiverio, sin mas porvenir ni mas esperanza que una cruel esclavitud.

Los ojos del sacerdote se llenaron de lágrimas al recordar la desgracia de sus compañeros, y olvidándose de sí propio, pidió al Señor que les concediese la libertad, que les concediese el rescate; que mandara un ángel en auxilio de aquellos hijos que Dios habia puesto bajo su amparo.

Cuando estaba mas abismado en su oracion, llegó á su oido una voz dulcísima, que daba prisa á los carceleros para que abrieran su prision.

El eco de aquella vez hizo estremecer á Ermosigio, que se levantó del suelo y se dirigió presuroso á la puerta del calabozo.

Dios, sin duda, habia escuchado su plegaria, pues al abrirse aquella puerta, un niño de diez años, hermoso como un serafín, y cándido como el capullo de la azucena, se arrojó en sus brazos lleno de júbilo.

—¡Pelayo! exclamó el anciano en medio de su asombro, cubriendo de besos la blanca frente del niño; Pelayo, ¿tú aqui?

(Continuado).

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

(CONCLUSION.)

Las sombras bajaban rápidamente de los montes á los valles, y se iban condensando; el cierzo seguia mugiendo y agitando las campanas del monasterio, que despedian ecos cada vez mas lúgubres. ¡Era una noche terrible!

Las tinieblas invadian todos los ángulos de la pobre choza, no bastando á disiparlas el pálido fulgor que la lámpara derramaba en torno suyo.

Llamaron á la puerta. Debia ser una mano débil la que llamaba, porque solo produjo un ligero ruido.

Águeda corrió á abrir, pero no era su marido. Eran tres niños que venian cogidos de la mano. Los pobrecillos estaban cubiertos de nieve y titriban de frio.

—¿Quiénes sois? ¿qué queréis? exclamó Águeda asombrada. Los niños se miraron y prorrumpieron en sollozos.

—¿Quiénes sois? ¿qué queréis? repitió la anciana. Responde tú, añadió dirigiéndose al mayor

de los tres, que era niño y parecía tener cinco años.

Este sacudió su rubia cabellera, y dijo con voz entrecortada:

—¡Se han llevado á nuestra madre, la han cubierto de tierra!... ¡Dicen que se ha muerto!... y se han llevado cuanto teníamos, y ni siquiera han dejado la paja que nos servia de lecho!... Yo he cogido de la mano á mis dos hermanitos, y les he dicho que iríamos á buscar á nuestra madre!... Hemos salido del lugar sin que nadie nos viera, y hemos subido, y hemos bajado, y hemos vuelto á subir y hemos vuelto á bajar; pero no hemos encontrado á nuestra madre.

—¿Y de qué pueblo sois? preguntó Águeda.

—Del pueblo! dijo el niño encogiéndose de hombros.

—¿Y hacia dónde está?

—No lo sé!

—¿Cómo se llama vuestra madre?

—Madre!

—¿Y qué más?

—Nada más!

—¿No tenéis ni padre, ni parientes, ni nadie que mire por vosotros?

—No! no! dijo el niño prorumpiendo en sollozos.

—¡Oh bendita Virgen, exclamó Águeda juntando las manos sobre el pecho, os he pedido un milagro para aliviar mi pobreza y me enviáis á estos niños! ¡Bendito sea vuestro nombre; yo acepto vuestro regalo!

—Entrad, hijitos, entrad quedo, porque ahí duermen mis nietecillos, y podrian despertarse.

Los tres niños entraron en silencio, se agazaparon tambien junto al hogar, comieron un pedazo de pan que les dió la anciana, y como estaban rendidos de fatiga, se durmieron.

Poco despues llegó el marido de Águeda, tambaleándose debajo de un enorme haz de leña.

Ella le ayudó á descargarla, y cogiéndole de la mano le condujo donde estaban los niños.

—Mira, le dijo, en vez de dos tenemos cinco hijos! ¡Son tres huérfanos que me ha enviado la bendita Virgen.

—¿Estás en tí? exclamó el anciano con acento doloroso, ¿y cómo los mantendremos?

—¡Dios es Dios! exclamó Águeda con profunda convicción.

El anciano guardó silencio durante algunos instantes, y luego suspiró en voz baja.

—¡Hágase la voluntad de Dios; hágase tu voluntad, mujer!

Pasó el invierno, llegó la hermosa primavera, y nadie se habia presentado á reclamar á los pobres huérfanos.

Un día Águeda los despertó al rayar el día.

—Id con mis nietos al monte, les dijo, y coged tomillo, romero, sálvia y sobre todo retama.

Mañana, un virey de Egipto, anciano, triste y enfermo, costea una funcion á la Virgen, é iremos á vender las yerbas olorosas á la puerta de la iglesia.

Los niños se marcharon y no volvieron hasta el mediodía; pero mientras los nietos de Águeda traian las yerbas que su abuela les habia encargado, los huérfanos mostraban orgullosamente, el uno una flor de incomparable hermosura, el

otro un pájaro de espléndido plumaje, y el último una mariposa de vistosísimos colores.

—¿Qué traeis aquí? exclamó el anciano con visible enojo. ¿No veis que nuestros dos niños vienen cargados de retama? ¿qué quereis que hagamos con eso?

—¿Quién sabe? exclamó Águeda con su ilimitada fe, ¿quién sabe?

—Al día siguiente se fué á sentar junto á la puerta de la iglesia; pero mientras sus nietos extendian ufanos delante de sí la olorosa retama y el tomillo, los tres huérfanos, ruborosos, medio escondian el pájaro, la flor y la mariposa.

Muchas gentes venian de los pueblos inmediatos para asistir á la funcion; pero pasaban por delante de Águeda sin comprarle nada.

Por fin llegó el virey. Traíanle en una litera dorada, y rodeábanle muchos servidores.

Descendió de la litera en la puerta de la iglesia, y sin duda por inspiracion divina, fijó sus ojos en los huérfanos.

—¡Jesús! dijo, ese pájaro es de América, americana es esa flor, y solo en América se encuentran mariposas de tan bellos matices!

—Señor, dijo Águeda levantándose, las tres cosas las han hallado entre las fragosidades de estas sierras.

—¡Jesús! ¡Jesús! volvió á repetir el virey, ¿cómo han podido hallarse en estos montes cubiertos de nieves? ¡Parece un milagro del cielo!

—Quizás, señor, repuso vivamente Águeda, y le contó la historia de los huérfanos.

El anciano perdió el color al oirla, luego se avalanzó hacia los niños, y buscó sobre sus pechos una señal conocida.

—¡Bendita Virgen de Guadalupe! exclamó entre lágrimas y sollozos, ¡no en vano habia implorado tu socorro! ¡Si no he llegado á tiempo para reparar mi injusticia hacia la madre, vuelvo á encontrar al menos á mis hijos!

Al oir estas palabras, al ver el enternecimiento con que el anciano virey estrechaba sobre su corazon á los niños, cubriéndolos de lágrimas y besos, todos los circunstantes se arrodillaron y entonaron una letania, mientras las campanas del santuario, repicando á fiesta, publicaban por montes y por valles el nuevo milagro de la Virgen bienhechora.

El virey regaló á la bendita Imágen un pájaro, una flor y una mariposa de oro, adornados de piedras preciosas, además de otras muchas donaciones que hizo al monasterio.

Todavía se enseñan hoy al viajero entre las joyas que enriquecen el camarín de la Virgen, y los habitantes de Guadalupe tambien le enseñan una pintoresca casa de labranza, rodeaba de huertas, molinos y olivares.

En aquella casa, construida á expensas del virey, habitan los descendientes de Águeda.

Sobre su puerta hay una inscripcion latina, que traducida al castellano dice de este modo:

El que da lo superfluo es un hombre bueno; el que da lo necesario es un ángel que atrae las bendiciones de Dios sobre toda su familia.

Ángela Grassi.

Granada: Imprenta de D. Francisco Reyes.